

*“Ya me enfrenté al padre, ya lo maté.
Ahora lo encontré, lo resucité y estamos súper bien”.*

FLAVIA RADRIGAN.

FLAVIA Y JUAN RADRIGAN: Reencuentro en la adultez

“Más que esperarlo, parece que uno lo desea”, dice el aplaudido dramaturgo Juan Radrigán (Hechos Consumados, Las Brutas e Isabel desterrada en Isabel), sobre el hecho de que Flavia (46), su hija mayor, se haya dedicado también a la escritura teatral. “Me gusta, a pesar de todo lo que dicen, y sabemos, de la relación entre dramaturgia y hambre”.

Con su tono campechano y cálido, el autor dice que si Flavia no hubiera tenido dedos para el piano, no la habría apoyado: *“Me hubiera hecho el leso. La habría encausado para otro lado, para algo en lo que ella tuviera más aptitudes”.*

Actualmente trabajan juntos, dando talleres en el teatro *La Memoria*, tarea que empezaron hace ya una década. *“Es muy entretenido hacer talleres con él, porque nos leemos todos los códigos. Es muy agradable, porque podemos entendernos y conversar sin agotar la palabra”*, confirma Flavia, con su chispa y su sonrisa radiante.

El papá, uno de los maestros del medio teatral chileno, comenta que mezclarse profesionalmente con su primogénita es muy grato. *“Es lo profesional, agregándole ternura, cariño y complicidades”*, repite. Y agrega otro detalle: *“Yo creo en lo que ella escribe, y ella cree en lo que yo escribo. Nos ayudamos mutuamente sin necesidad de pedirlo. Ella también me apoya, sabe muchísimo, mucho más que yo de teorías y todas esas cosas”.*

Claro que no siempre esta relación ha sido tan armónica, ya que Radrigán, además de estar separado de la mamá de Flavia, es un hombre muy dedicado a su militancia literaria. *“Fue un papá totalmente ausente, ya sea por su militancia política o porque estaba germinando lo que iba a ser un enorme dra-*

maturgo. Era un papá de fin de semana, y yo me rebelé contra eso. Ahora que estoy muchísimo más vieja descubro que él también estaba aprendiendo a vivir”

Ahora, dice, están en un muy buen momento: *“Ya crecí, vengo de vuelta. Ya me enfrenté al padre, ya lo maté, ya le pegué. Ahora lo encontré, lo resucité y estamos súper bien. Es papá maestro, papá amigo, el abuelo entretenido, es un compinche que nunca te va criticar ni a retar, y eso es muy liberador”.* Flavia ha conseguido aceptar a su padre. *“El se estaba descubriendo y en ese momento no caben los hijos. Cuando se han vivido esas situaciones político- sociales o amorosas tan fuertes y de quiebre, los hijos incomodan. Hoy entiendo que los padres tienen todo el derecho del mundo a rearmarse”.*

Juan Radrigán se ríe. Dice chistes. Recalca que Flavia se portaba muy bien cuando chica, que no lo hacía rabiar. Y que él estaba lejos de ser autoritario. *“No estaba en mí ser mandón o impositivo. Siempre que la acusaban de algo, yo decía ‘no importa lo que haya hecho, el otro tiene la culpa’”,* recuerda.

Los ojos le brillan cuando habla del talento de su hija. De su pluma admira *“la franqueza y la sinceridad. Creo que la originalidad depende exclusivamente de eso. Es insolente y osada (risas). Eso es bueno también”.*

Juntos dieron un paso más. En enero publicaron un libro, donde cada uno aporta una pieza teatral: Juan escribió *Bailando para Ojos Muertos*, y Flavia hizo realidad *El Descanso de las Velas*.

Claro que a Flavia le costó decidirse por la escritura. *“No quería, le hice el quite muchos años y creo que lo sigo haciendo. Me da mucho pudor mostrar, porque pienso que mi*

dramaturgia son sólo ejercicios. Puedo estar mucho tiempo sin montar una obra, sólo escribiendo, escribiendo, y no me altera, no me preocupa. Me produce mucho placer el acto de escribir”.

¿Qué es lo que más te has esforzado en aprender de tu padre? El no transar, él es muy fuerte en eso, en la convicción, y lo admiro profundamente. He tratado de imitarlo lo más posible, aunque él pelea con todo el mundo (risas) y le encanta, porque le gusta provocar reacciones.

¿Qué heredaste por osmosis? (risas) La miopía, el cigarro. La laboriosidad, el entender que la dramaturgia no la traen los hados en absoluto, que es un trabajo como cualquier otro, que hay que cumplir horario y hay que respetar ese trabajo, y hay que quererlo.

¿Cómo han ido cambiando ambos el uno con el otro? En reconocernos e ir de a poquito respetando esas transformaciones. Porque al que reconozco ahora es otra persona, es otro papá. Y me gusta, porque una entiende que se arma a su papá, que puede elegir la forma de verlo y la forma de relacionarse con él.

El apellido ¿ha sido una carga positiva o negativa? Durante mucho tiempo fue una sombra bien pesada, porque una lo mal entiende y siente que tiene que ser igual a él. Y no pues, una es otra persona. Yo llevo de otra manera el apellido. Cuando me di cuenta de eso, fue liberador y entretenido, una fuente de felicidad.

